



Anselm Grün
Jesús, imagen de los hombres
El evangelio de Lucas

verbo divino

Anselm Grün

Jesús, imagen de
los hombres
El evangelio de Lucas

evd

Índice

Introducción	5
Lucas como escritor	9
Lucas como médico y pintor	13
Lucas el médico	13
Lucas el pintor	15
La historia de la infancia	19
Anuncio del ángel a María	20
Encuentro de María e Isabel	22
El Nacimiento de Jesús	25
Simeón y Ana	30
Enfermedad y curación en Lucas	35
La curación de la mujer encorvada	36
La curación del hidrópico	39
La misión de Jesús como médico	42
Las parábolas de Jesús	47
La parábola de la moneda perdida	50
La parábola del hijo pródigo	54
La parábola del administrador sagaz	60
Jesús, ejemplo de orante	63
Enseñanzas de Jesús sobre la oración	66
La viuda y el juez impío	69
El fariseo y el publicano	71
Jesús, el peregrino de Dios	75
La narración de la pasión	85
La cena de despedida de Jesús	88
El vía crucis de Jesús	90

La crucifixión	92
La reacción ante la muerte de Jesús	94
Historia de la resurrección	99
El salmo 16 como fundamento de la resurrección	99
Las mujeres ante el sepulcro	101
Los discípulos de Emaús	102
La aparición de Jesús a todos los discípulos.....	105
¿Qué debemos hacer?	111
Actitud ante la propiedad y la riqueza	113
Conversión	117
Zaqueo, un ejemplo de conversión y alegría	119
Un nuevo modo de proceder con los pecadores	121
Lucas como evangelista del año litúrgico	125
Teología de la historia	126
El séptuple “hoy”	127
Teología de la escenificación	129
Lucas y la oración litúrgica	130
Conclusión	135
Bibliografía	139

Introducción

Hay una gran cantidad de libros que tratan sobre el evangelio de Lucas o que estudian un aspecto particular de su teología. ¿Qué aporta esta introducción al evangelio de Lucas, escrita por alguien que no es exégeta?

Lo que a mi juicio falta en muchas obras exegéticas es la traducción a un camino espiritual personal. Por ello, me agrada cumplir el deseo de la Editorial Kreuz de adentrarme en el evangelio de Lucas con un lenguaje sencillo y comprensible y, de este modo, despertar un nuevo interés entre muchas personas buscadoras sobre este maravilloso libro del Nuevo Testamento.

La Biblia es el libro de los libros, y es por ello el libro del cual se nutre nuestra vida espiritual. Sin embargo, yo he experimentado que muchos cristianos tienen dificultades con las escrituras del Nuevo Testamento. Quieren encontrarse con Jesucristo, se preguntan quién es Jesús para ellos y cómo pueden vivir de él y con él, pero a menudo Jesús permanece como un extraño. Escuchan el evangelio los domingos, pero no les llega. Por el contrario, tengo la experiencia de personas que se ayudan con textos bíblicos para reconciliarse con la historia de sus vidas y encuentran en ellos un camino de salvación. Mi deseo es descubrir el tesoro de la Biblia, para proporcionar un camino hacia la Palabra de Dios a las personas que están buscándolo. Para ello, me gustaría poder aproximar a todos a la experiencia, que se refuerza por la palabra exacta, que Lucas hizo con

Jesús, para que tanto ellos como lectores o lectoras y yo como autor podamos vivir esta experiencia.

Lo que siempre me ha fascinado de Lucas ha sido su intento de traducir la Buena Nueva de Jesús en el horizonte de comprensión del mundo griego. Lucas era, claramente, un hombre muy formado, versado en filosofía y literatura griegas, pero fundamentado en la tradición judía. De este modo, logró describir de tal manera a Jesús que tanto judíos como griegos aprendieron a comprenderlo y a vivirlo. Lucas estaba afianzado personalmente, y en profundidad, en Jesús, así que proyectó una atractiva imagen de Jesús. A él le gustaba entusiasmar a sus lectores con este Jesús, principalmente a los eruditos impregnados de la cultura helenística. Esta cultura se manifiesta hoy en muchos aspectos de nuestra mentalidad y se alimenta de diferentes tradiciones, tanto de las líneas maestras de la filosofía de Occidente como de las diversas corrientes religiosas de Oriente y Occidente. Desde mis estudios de bachillerato me fascinó la filosofía griega; por ello, me gustaría considerar, en mi introducción, la traducción del acontecimiento de Jesús en la mentalidad griega. Sin embargo, no quiero detenerme ahí, pues lo que Lucas ha cumplido con anterioridad es precisamente la tarea de la teología en cada momento. Ella debe acompañar la Buena Nueva de Jesús con un lenguaje que se sienta agradable, cercano y adaptado a nuestro tiempo. Lucas conocía la teología del Antiguo Testamento y, también, estaba versado en la filosofía y la mitología griegas. Él preservó la continuidad de las raíces judías de Jesús con su horizonte de pensamiento, a la vez que abría la figura de Jesús al mundo griego.

Este intento de Lucas de unir lo antiguo con lo nuevo, de traducir el acontecimiento del pasado al momento presente, es el que yo quiero continuar con este libro. Por eso, en mi opinión, los textos se abren a las necesidades y anhelos de los hombres, de los que he sido testigo en muchas conversaciones. Me gustaría tratar conjuntamente,

por una parte, lo que les mueve a los hombres de hoy día y, por otra, lo que a Lucas como hombre de su época le fascinó de la figura de Jesús.

Lo que a mí más me motiva de la meditación sobre el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles es esta pregunta: ¿qué es lo que ha movido con tanto celo su obra para ir a investigar las fuentes y escribir la historia de Jesús y describir sus repercusiones en la Iglesia primitiva? Claramente, Lucas se había encontrado personalmente con el mensaje de Jesús. El Espíritu de Dios es quien se manifiesta en la obra de Jesús, y del mismo modo se muestra en el escrito del apóstol. Entusiasmado por este Espíritu es como escribe el evangelio, de modo que el Espíritu de Dios también llena a los lectores y les muestra el nuevo camino para la vida que Jesús ha abierto para nosotros. Mi mayor deseo es que vosotros, lectores y lectoras, disfrutéis meditando sobre el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles. Y deseo para cada uno que se deje conducir por Lucas hasta Jesús, pues encontrará una nueva imagen de Jesús y lo podrá reconocer; él abrirá para ellos el sentido de la vida, les curará sus heridas y les conducirá a la verdadera vida.

Lucas como escritor

La tradición de los primeros siglos muestra a Lucas como un compañero de Pablo en sus viajes misioneros. Hoy en día, la exégesis moderna se pregunta si esto es cierto, pues la teología representada por Pablo se distingue esencialmente de la de Lucas. Es evidente que nosotros no tenemos una certeza última del origen y la peculiaridad de Lucas; sin embargo, por su uso tan cuidado del idioma griego, podemos suponer que Lucas pertenecía a una clase social alta y que había tenido una buena formación en retórica y filosofía griegas. Él conocía muy bien la traducción griega de la Biblia, la Septuaginta, y quizás pertenecía al círculo de los “temerosos de Dios”, prosélitos que simpatizaban con la religión judía.

Lucas pertenece a la segunda o tercera generación después del acontecimiento salvífico de Jesús. La tradición piensa que provenía de Antioquía. François Bovon, que ha escrito el último comentario al evangelio de Lucas, cree que el evangelista procedía más bien de Macedonia, en concreto de Filipos, dado que en los Hechos de los Apóstoles describe esta ciudad perfectamente y con todo detalle, poniendo de relieve su conocimiento exacto del lugar. Pero sobre eso no tenemos certeza. San Jerónimo nos informa de que Lucas escribió su evangelio en Acaya y murió en Tebas. Esto significa que vivió por toda Grecia. Probablemente escribió el evangelio entre los años 80 y 90 d. C. y, sin duda, viajó mucho. Seguramente, también hasta Jerusalén, pues sus descripciones de los distintos hechos

y lugares son claras. Por el contrario, no estuvo, aparentemente, en Galilea, ya que su información sobre los lugares de esta región no es exacta.

Lucas es el único evangelista que habla de sí mismo. En la introducción se presenta como un historiador que, cuidadosamente, quiere ocuparse de transmitir con exactitud todo lo que recibió desde un principio. Su introducción se parece a la de los escritores griegos. Está redactada en griego clásico. Lucas tiene la ambición de escribir un *best-seller*. Su libro debe aparecer en las librerías, y por eso lo dedica a una personalidad de alto rango social y económico, como era el “excelentísimo Teófilo”, quien debía actuar como editor y cuidar de la publicación y difusión de sus dos libros, pues ya desde el principio Lucas concibió su obra en dos volúmenes: el primero, sobre los acontecimientos en torno a Jesús, y el segundo, como historia de la joven Iglesia.

Lucas no llama a su primer volumen “evangelio”, sino “narración”. Él quiere contar la historia de Jesús, pero no los hechos particulares sin más, sino como era costumbre entre los historiadores griegos: como una historia cargada de significado. Los hechos, cuando son interpretados, nos aportan, en primer lugar, un significado. Lucas ha interpretado la historia de Jesús como la historia de la salud y la salvación de los hombres. En la historia de Jesús, Dios se revela como liberador y redentor. Nuestro mundo decidió cambiar la situación originaria. Cuando nos enfrentamos a la historia de Jesús, ella nos transforma.

Lucas quiere aportar su contribución específica como escritor haciendo comprensible la figura de Jesús a los hombres: “Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros, según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber inves-

tigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada, illustre Teófilo, para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido (Lc 1,1-4).

Lucas se muestra abiertamente insatisfecho con los intentos de sus predecesores. Para él, faltan el principio de la narración y su repercusión en la historia. Y también falta, según él, una buena composición que coloque cada cosa en su sitio y un estilo que tome en consideración el sentimiento del lector. Él se sitúa, por una parte, en la serie de quienes han escrito con anterioridad, pero, por otra, se coloca frente a ellos. Esto se expresa en la conciencia del autor cristiano que lleva a cabo esta peculiar obra literaria. Su trabajo es necesario, puesto que él ha reunido y comprobado todo desde el principio para narrarlo “exactamente” (*akribós*, es decir, “con exactitud”), y él lo describe en “la línea de”, esto es, da a sus materiales una buena estructura, mostrando la íntima conexión de los acontecimientos. No cuenta simplemente lo que ha sucedido, sino que tiene una idea muy concreta de los escritos, una concepción teológica.

Lucas no nos presenta un ensayo dogmático sobre Jesús, sino una teología narrativa. Practicar una teología narrativa significa que se aproxima a los hombres de modo que el lector progresará no por abstractos razonamientos escolásticos, sino encontrándose una y otra vez con la narración, dado que se siente libre. Lucas quiere ganar al lector por medio de su sensible narración de los hechos de Jesús. Su libro es un escrito publicitario de Jesús y de su mensaje; por ello, no se limita a la vida de Jesús, sino que incluye también la repercusión de las obras de Jesús en la historia de la Iglesia. Todo lo que Jesús ha hecho y ha dicho se traduce en la historia. Y, en primer lugar, cuando esa repercusión es tenida en cuenta, uno considera el valor de los acontecimientos en la vida de Jesús. La finalidad de la obra de Lucas es que su lector, “que conoce suficien-

temente la Palabra”, se sumerja en ella. Él quiere darles apoyo y seguridad; ellos deben saber sobre qué quieren construir sus vidas.

Tras el solemne prólogo, Lucas comienza su narración con la frase siguiente: “Ocurrió que en los días de Herodes, el rey de Judea” (Lc 1,5). A Lucas le gusta la expresión “y ocurrió que” (*kai egeneto*). Tras el maravilloso estilo griego del prólogo, Lucas continúa su narración con una ruptura de estilo, pues la expresión “y ocurrió que” (*kai egeneto*) no pertenece al estilo típicamente griego, sino al semítico, como él había observado en la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento. Lucas no quiere narrar una historia profana, sino una historia sagrada. Y, como narra una historia sagrada, lo hace en un estilo que ha sido utilizado en aquellas otras historias. Si hoy un narrador comenzase con las palabras “hubo una vez”, nosotros sabríamos que está contando un cuento. Del mismo modo sabían los hombres de su tiempo, que como griegos habían tenido ya contacto con la Septuaginta, que Lucas comenzaba con ello a narrar una historia sagrada: la historia de Dios con nosotros, los hombres. Los griegos denominan a este fenómeno *mimesis*, “imitación”. Cuando un autor griego, en una comedia, introducía a un cretense, éste hablaba dialecto cretense; esto era un arte de escribir típicamente helénico. Así, del mismo modo, Lucas imita el lenguaje de la Septuaginta, que tiene un típico sonido semita. Lucas muestra con este estilo literario que tiene en cuenta ambos estilos: el de los griegos y el de los judíos. Él narra la historia de Jesús en un lenguaje que los judíos entienden, pero reviste su narración con una vestidura griega.

Lucas como médico y pintor

Lucas el médico

La tradición nos muestra a Lucas como médico, pero algunos exégetas indican que el lenguaje de Lucas traiciona la imagen de un médico. Da igual si Lucas fue verdaderamente médico o no; lo que es decisivo es lo que subyace a la imagen que la tradición se ha formado de Lucas. Es evidente que Lucas era un hombre que se movía en torno a la salud de los hombres. De su evangelio y de los Hechos de los Apóstoles se deduce que él no quiere en primer lugar instruir, sino que lo que le interesa es el arte de procurar una vida saludable. Para los médicos de la antigüedad, la tarea más importante consistía en el arte de la vida saludable. Lucas nos dibuja a Jesús como el guía de la vida, como quien nos ha precedido en el camino de una vida en plenitud. Con una expresión moderna, podríamos decir que Lucas escribe un libro sobre el tema “autoayuda desde la fe”.

En su idea de una guía de la vida saludable, Lucas está influido por la imagen griega del ser humano. Para los griegos, lo más importante era la proporción exacta. Sólo lo que tiene armonía en la proporción se corresponde con la imagen griega del ser humano, de los hombres estéticamente bellos y buenos (*kalos k'agathos*). A esta proporción, de la misma manera, le pertenece el contraste, por lo que a Lucas le gusta especialmente en su exposición el

contraste. Cuando describe un extremo de la vida humana, seguidamente describe el contrario. Eso se ve en cómo junto a un hombre sitúa siempre a una mujer. Por ejemplo, junto a Simeón, Ana; junto a Simón de Cirene, las plañideras. Junto a una parábola referida a hombres hay otra referida a mujeres. Esto se ve también en su preferencia por dos hermanas, dos hermanos, dos cuñadas. Él anuncia siempre los dos polos del ser humano. Los dos nos pertenecen. Siempre que Lucas expone un tema fascinante lo relativiza por medio de la descripción del polo opuesto. Así, el tema del amor al prójimo (Lc 10,25-37) es puesto inmediatamente en relación con el del amor a Dios (Lc 10,38-42). De esta manera, al saltar al polo opuesto y ampliar nuestro espíritu a un ámbito tan importante, nos preserva de un idealismo unilateral, en el que siempre nos encontramos en peligro. Lucas nos muestra un camino recurrente para constituirnos como seres humanos. Él nos enseña el arte de estar vivos, por medio del cual podemos tomar conciencia de la polaridad de nuestra existencia y abandonarnos a ella.

El evangelio de Lucas está impregnado de una imagen positiva del ser humano. Lucas no es ni moralista, ni pesimista. Él confía en el ser humano, sobre todo. Para él, lo importante es cómo el hombre puede vivir en su mundo; cómo se corresponde con su dignidad; cómo experimenta, desde la tranquilidad, su belleza y su bondad originales; cómo hace posible esa imagen del ser humano que para los griegos era tan apreciada y estimada. Lucas ve en Jesús a aquel que adopta nuestra forma verdadera para desarrollarla. Él renuncia a describir al hombre permanentemente como pecador. El ser humano tiene un núcleo divino, pero se ha hecho extraño a él. Por eso ha bajado Jesús del cielo, para darle a conocer de nuevo su dignidad divina. Esta imagen positiva del ser humano que Lucas nos propone haría hoy mucho bien a nuestro mensaje cristiano. Desde hace mucho tiempo se pensaba que debíamos empequeñe-

cer al ser humano para que pudiera recibir la gracia. Lucas renuncia a un método inútil para nosotros. Él ve al hombre como es en su dignidad, pero también con sus daños y heridas. De este modo, nos dibuja a Jesús como el verdadero médico que cura nuestras heridas y nos enseña el arte de la vida saludable. Jesús es el médico que, cuando nosotros mismos nos amedrentamos y no miramos hacia nuestro propio horizonte, nos reconduce hacia nuestra verdadera dignidad.

Lucas el pintor

La otra imagen que nos ha transmitido la tradición de Jesús nos muestra a Lucas como pintor. Esto tampoco es históricamente seguro, pero esta imagen también contiene algo de verdad. Lucas es un escritor agraciado que domina el arte de presentarnos los acontecimientos como si contemplásemos un cuadro. No de forma gratuita, Klaas Huizinga ha escrito un libro titulado *Lucas pinta a Cristo*. En efecto, Lucas nos dibuja un retrato literario de Jesús. Algunos piensan que Lucas era un buen narrador pero no un buen teólogo. Yo no puedo compartir esa opinión. Lucas entiende el arte de narrar la historia de Jesús de modo que ilumine toda la teología de la encarnación. Lucas no necesita ni declarar ni fundamentar que Jesucristo es hijo de Dios. Él narra la historia de Jesús de modo que irradia su divinidad. Por ello, el lector es tocado por Jesús y conducido hacia Dios. De este modo, él se implica en el acontecimiento de la encarnación, y esto constituye para mí el más elevado arte de la teología. En la narración de Lucas, el rostro de Dios sale a nuestro encuentro en la figura del hombre Jesús. Si contemplamos esta imagen, seremos transformados por ella. En la lectura de la historia acontece la salvación. Si leo con todos los sentidos, si, como expresó Martín Lutero, me introduzco en el texto, entonces iré transformándome por medio del texto. Yo soy confrontado con la figura de Jesús y ella

troquela la mía. El texto crea una nueva realidad y el lector no permanece igual, sino que es creado de nuevo por medio del texto. En contacto con la imagen de Jesucristo, el lector se transforma en él por medio de la lectura (*cf.* Huizing, p. 140ss).

Lucas tenía formación en retórica griega, y el fin de la misma era pintar ante los ojos el estado de la realidad (Huizing, p. 120). Horacio hablaba de “pintar con palabras”. Lucas domina el arte de pintarnos un retrato literario de Jesús: hace visible la figura de Jesús al describir sus gestos y su mirada. De esta manera, se crea una atmósfera, un ámbito de sentimientos en el que el lector es envuelto por Jesús. Lucas no nos habla de la encarnación del amor de Dios, sino que narra una historia en la que el amor de Dios se hace carne: la historia del misericordioso samaritano (Lc 10,30-38). A quien lee esta historia con todos sus sentidos le ocurre como a Rilke ante la visión de la escultura de Laocoonte en el Museo Vaticano. Rilke, de pie ante esta fascinante escultura, pensaba: “Tienes que cambiar tu vida”. Uno no puede leer una historia como ésa sin ser inspirado por ella, sin identificarse con la imagen que Lucas dibuja de Jesús.

François Bovon describe esa habilidad de Lucas como “escribir pintando”. Jesús ilustraba “el doble mandato del amor, por una parte, con la parábola del buen samaritano y, por otra, con la conversación de Marta y María (Lc 10,25-42). Él asume dificultades teológicas en favor de una comprensión más próxima, al adoptar una puesta en escena fácil de recordar, como es el caso del nacimiento virginal, con la viva confrontación entre María y el ángel y el diálogo entre ambos (Lc 1,26-38)” (Bovon, p. 16ss). Lucas no trata la pregunta sobre la misión a los paganos con argumentos intelectuales, sino que la responde con un ejemplo concreto: la conversión de Cornelio. Y no habla de los sentimientos, sino que “pinta” sus manifestaciones: Juan saltó en el vientre de su madre (Lc 1,41), la pecadora

rompió en lágrimas (Lc 7,38), Jesús se inclinó sobre la suegra de Pedro, enferma de gravedad (Lc 4,39)” (*ibíd.*, p. 17). Lucas puede compenetrarse claramente con cada situación, y encuentra el estilo propio para que cada narración se adapte a los acontecimientos. Sus sentimientos se traslucen en el lenguaje. Lucas no necesita nombrar los sentimientos; su lenguaje expresa los sentimientos con los que reaccionar ante cada acontecimiento y cada palabra de Jesús.

Agradecemos a Lucas las más hermosas narraciones bíblicas, como la de los discípulos de Emaús, o las más bellas parábolas, como la del hijo pródigo o el administrador sagaz. Lucas puede fascinar al lector. No traiciona su formación ni su sentido de la belleza y de la humanidad y tiene una sensibilidad especial hacia el ser humano. Ama a los hombres para los que escribe, suscita relaciones por medio de su escrito y proyecta su obra no desde un escritorio, sino siempre en relación con su vida. Al escribir, tiene siempre presente al lector y entra en diálogo con él. Él quiere ganar al lector para Jesús, pero no con argumentos triviales, sino con narraciones que conmuevan el corazón. Un hombre sólo puede escribir si él mismo ha sido conmovido por la figura de Jesús.

A Lucas le sucede esto no sólo con la figura de Jesús, sino, en último término, con la obra de Dios en Jesucristo. Dios es el actor principal. Lucas quiere proclamar la obra de Dios. Lucas no dice nada abstracto de Dios, sino que narra su obra con los hombres. Por medio de su acción en la historia, Dios se hace cercano y visible. De este modo, Lucas pinta con sus narraciones una imagen del Dios invisible que se nos muestra en su creación y en la historia.

El lenguaje abre el corazón a los hombres. El lenguaje de Lucas no sólo nos descubre al hombre ilustrado, sino al médico y al pintor. Nos muestra un hombre que tiene un corazón para los hombres, que quiere ganar a los hombres

para la vida, que quiere mostrarles un camino para que puedan vivir en este mundo una vida repleta de sentido. Y nos muestra a un hombre con sentido de la belleza. Lucas tiene facilidad para narrar, está dotado para la composición. Como no dispone de una formación ingente, él simplemente describe, renunciando a la técnica retórica griega de narración, pese a que seguramente la había aprendido.

Lucas cuida su estilo en cada situación: “Sabe expresar los pensamientos o las preocupaciones de María en un lenguaje maternal; los principios del Bautista sabe datarlos solemnemente; las inconveniencias de la pesca, con lenguaje profesional; la transfiguración de Jesús, cargada de misterio; las controversias de Pablo con los judíos de Roma, de forma polémica; la oración y los hechos de los apóstoles tras la ascensión, de forma jerárquica, como un icono; el encuentro con Zaqueo, intuitivo, próximo, casi *naïf*; el dramático naufragio de Pablo, novelado; el discurso misionero de Pedro, eclesiásticamente kerigmático; la predicación exegética de Pablo en la sinagoga, en las mismas estructuras del pensamiento judío; la defensa de los apóstoles la escenifica con una retórica jurídica” (Bovon, p. 16). De esta manera, el lenguaje revela no sólo a un escritor aventajado, sino a un hombre que puede penetrarse con cada situación, que siente con cada persona que narra lo que le ha impactado de la vida, y cuyo máximo anhelo es una vida plena. Igual que Lucas culmina la historia de Jesús apelando a nuestras necesidades y anhelos, quiero mostrarla yo con ejemplos concretos y escogidos.

La historia de la infancia

Lucas es, sin duda, un claro representante de la teología narrativa, según lo juzgaba el exégeta J. Ernst (Ernst, p. 34). Lucas narra el misterio de la encarnación de Jesús al describir su nacimiento. La teología se pone de manifiesto a través de la narración y no por medio de especulaciones, y Lucas es un excelente narrador. Esto se ve claramente en la historia de la infancia. No podemos decir con seguridad qué fuentes ha utilizado en concreto, pero sí podemos ver con qué arte las ha manejado. Lucas ha entrelazado el nacimiento de Jesús con la historia del nacimiento de Juan el Bautista de tal manera que Jesús aventaja al Bautista, pues Juan señala con todo su ser hacia Jesús. Lucas coloca a Juan y a Jesús uno frente al otro: Juan predica el juicio; Jesús, la Buena Nueva de la gracia de Dios, del encanto de Dios, que lo supera todo y llena de alegría a todo el que le escucha.

Lucas ha pintado aquí un doble cuadro, “una especie de díptico” (Ernst, p. 35), y con ello se muestra de nuevo el Lucas pintor. Cuando él narra, brotan imágenes. Con sus imágenes, Lucas remite a dimensiones escondidas de la obra de Dios. La primera imagen es el doble anuncio del nacimiento; la segunda narra el nacimiento de Juan el Bautista y el de Jesús. Ambas imágenes están seguidas de meditaciones sobre los acontecimientos. Tras los dos anuncios de nacimiento, Lucas nos narra la visita de María a Isabel. Después de la narración de ambos nacimientos viene el testimonio de Simeón y de Ana sobre Jesús, y la historia

de Jesús en el templo cuando tenía doce años. En ambas imágenes, se ilumina el misterio de este niño recién nacido. El pueblo ha pintado posteriormente el cuadro del nacimiento de Jesús que Lucas creó para nosotros. En todas las épocas ha habido estampas navideñas que transmiten el significado del misterio de la encarnación y de su esencia, y todas tienen su fundamento en las imágenes que Lucas presentó ante nuestros ojos con sus plásticas descripciones.

Anuncio del ángel a María

Zacarías, anciano y sacerdote, reaccionó con dudas ante el anuncio del ángel Gabriel. María la virgen, la sencilla joven de Nazaret, cree al ángel. Aquí se muestra una vez más el contrapunto. Ambos polos están en nosotros: duda y fe. Lucas nos invita a confiar más en el polo de la fe, como María, que ha encontrado la gracia ante Dios. Dios se goza en ella y le entrega su amorosa donación. Lo que el ángel dijo a María también vale para nosotros, pues también Dios ha puesto su complacencia en nosotros, pero no reaccionamos ante ello. María se abandona a la gracia de Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Aquí María se siente la representante del pueblo de Israel. Aunque Israel ha rechazado la voluntad de Dios, ella la cumplirá como representante del pueblo.

En esta palabra, Lucas nos muestra cuánto aprecia a María en cuanto mujer. Ella se entrega a la Palabra de Dios de un modo muy distinto a como lo hace Zacarías y confía plenamente en ella. Una mujer se hace la representante del pueblo de Israel. Al entregarse a la Palabra de Dios, le toca en suerte la salvación al pueblo. La actuación es por iniciativa de Dios, pero depende también de la decisión de los hombres, como si Dios tuviera que concederse permiso para actuar. María otorga un lugar a la actuación de Dios en su vida personal y esto tiene consecuencias para toda la humanidad.

María es dibujada como una virgen en la escena de la anunciación, y el nacimiento de Jesús es descrito como un nacimiento virginal. Los exégetas y los teólogos han hecho muchas especulaciones sobre esto. Tanto en los círculos judíos como en los helenísticos e incluso en las tradiciones egipcias se reconocía el hecho de que un hombre santo llegara al mundo a través de un nacimiento virginal. El filósofo judío Filón contempla el nacimiento de Isaac como un nacimiento virginal y habla de la unión del alma con Dios en el éxtasis (Bovon, p. 66). En el culto egipcio al sol se celebraba el nacimiento del sol en la noche del 24 al 25 de diciembre, y la comunidad proclamaba esto: “La virgen ha nacido para tomar la luz” (Bovon, p. 68). El rey egipcio era atestiguado por el mismo Dios.

Todos estos elementos de los cultos solares egipcios y de la imaginería expresada en los testimonios divinos helenísticos fueron asumidos por el judaísmo. De ahí que Lucas, por una parte, haya utilizado la tradición judía y, por otra, haya respondido al sentir del mundo griego. Con su narración de la anunciación puede hacer comprensible la virginidad de la madre del Mesías, su grandeza y su filiación divinas, su poder eterno y su concepción por obra del Espíritu Santo (Bovon, p. 69). Desde el solsticio de invierno al solsticio de verano hay un intervalo de seis meses, de ahí que Jesús naciera seis meses después que Juan. Con él, el sol de la gracia divina resplandece en el frío de nuestro mundo. Eso que hoy en día intentan tantos teólogos, el diálogo entre las distintas religiones, ya lo hizo Lucas en otro tiempo. Él hizo suyas las diferentes corrientes religiosas y formuló, desde el trasfondo de esas tradiciones, la Buena Nueva del misterio de Jesús, de forma que hombres de todas las culturas religiosas pudieran comprender lo que Dios les ha entregado en Jesús.

En efecto, Lucas une estos motivos mitológicos con el motivo humano de la confianza en la fe que describe en María. María se convierte en la imagen original y tipológica

de la fe. María se entrega al ángel. Se turba ante las palabras del ángel, pero no se encierra, sino que piensa en lo que el ángel, en último término, quiere decirle. El ángel le anuncia que va a concebir un hijo que se llamará “Hijo del Altísimo” (Lc 1,32). El Altísimo era una denominación de Dios muy querida para el judaísmo helenístico. El ángel le aclara a María cómo lo va a concebir: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35). El mismo Espíritu Santo fecundará a la virgen. Esto no solamente aclara el nacimiento virginal de Jesús, sino que también es una imagen para nuestra vida.

El fruto máspreciado que nosotros podemos recibir no viene de nosotros mismos, ni procede tampoco de la fecundación de otros seres humanos, sino que es producido por el Espíritu Santo. María, la mujer creyente, es aquí un ejemplo para los cristianos. Dios quiere crear algo nuevo también en nosotros, por medio de su Espíritu Santo. No podemos pensar mezquinamente sobre nosotros mismos. Debemos confiar, como María, en que Dios hará cosas grandes en nosotros y por nosotros: “Pues para Dios no hay nada imposible” (Lc 1,37). En esto consiste la verdadera fe, en no poner límites a Dios. Para Dios, no hay nada imposible. Dios eligió a la Virgen María, una insignificante joven de Nazaret, para hacer posible lo imposible en este mundo. Él también nos elige en nuestra debilidad y limitación para culminar su obra de salvación en este mundo. Cristo quiere adoptar nuestra humanidad concreta, de modo que, como consecuencia, cada uno pueda decir como María: “Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices” (Lc 1,38).

Encuentro de María e Isabel

Antes de que Lucas describiera el nacimiento de Juan el Bautista y de Jesús, nos narró la hermosa historia del encuentro entre María e Isabel. Con esta historia quiso, por un lado, entrelazar el nacimiento de Juan el Bautista

con el de Jesús y, por otro, explicar el sentido del acontecimiento.

María es la mujer que ha sido bendecida de modo especial entre todas las mujeres, pues lleva al Señor en su interior. Lo que Lucas nos narra es la maravillosa historia de un encuentro. Una joven de doce o catorce años se pone en camino y atraviesa las montañas. Normalmente, para realizar ese trayecto hacen falta cuatro días. María debió de haber sido una mujer muy segura de sí misma para hacer ese camino sola. En la escena de la anunciación, la experiencia de Dios puso a María en movimiento. También Isabel se pone en movimiento. Cuando María la saluda, el Niño salta en su seno. Ella experimenta su propia fertilidad con la novedad que crece en su interior, y se llena del Espíritu Santo. Ella se convierte en una profetisa que reconoce en María el misterio de su maternidad.

Esta maravillosa historia no nos transporta solamente al acontecimiento de entonces; la escena es, por encima de todo, un arquetipo de cada movimiento humano profundo. Cada movimiento nos lleva a descubrir el misterio de Cristo en los demás. Cada uno lleva a Cristo en su interior. Cuando entendemos esto, entonces salta el niño dentro de nosotros. Nosotros descubrimos el misterio de los demás dentro de nosotros mismos y entramos en contacto con el niño dentro de nosotros. Para que este encuentro sea posible, debemos levantarnos, como María, y ponernos en camino; debemos ponernos en pie y salir al encuentro de los demás; debemos atravesar las montañas; debemos superar los montes de la inhibición y los prejuicios, para ver al otro tal y como es.

Isabel designa a María como la que ha creído, “la culminación de lo que había de venir, lo que había sido prometido por el Señor” (Bovon, p. 80). En esto, Lucas usa una sola vez en todo su evangelio la palabra *teleiosis* (“culminación”, “plenitud”). El nacimiento de Jesús es la culminación de

todas las promesas que Dios había hecho en el Antiguo Testamento. En este acontecimiento se ha compilado todo lo que Dios ha prometido a los hombres. En Jesús, Dios muestra que arrancará a su pueblo de toda tribulación, pues le enseñará el camino de la vida, le liberará de la esclavitud y le curará las heridas.

Esta narración no nos lleva solamente a instalarnos en las promesas sobre el nacimiento de Jesús, sino a ver en Jesús el cumplimiento del conjunto de la Sagrada Escritura. Isabel ve en María a la creyente por excelencia, que es ejemplo también para nuestros creyentes. Dios también cumplirá con nosotros lo que nos ha prometido. Si nosotros confiamos en su Palabra, como María, Él hará también en nosotros cosas grandes.

María responde a la bendición de Isabel con un canto de alabanza, que Lucas ha formulado de tal manera que pueda ser también nuestro canto. En el *Magnificat*, María expresa el acontecimiento que ha vivido en la anunciación y lo que se ha de cumplir en el nacimiento de Jesús. María es aquí la representante de Israel y, además, la voz de todos los pobres y desheredados, que con el nacimiento de Jesús recuperan sus derechos. En el nacimiento de Jesús, Dios derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

Hoy, la teología de la liberación ha visto en el *Magnificat* un canto de esperanza para los pobres. La teología feminista, por su lado, ha visto en él un canto de liberación para la mujer. Ambos movimientos hacen suyos importantes deseos del evangelista, pues Lucas es, sin duda, el abogado de los pobres y de las mujeres. Cada uno puede cantar para sí mismo esa maravillosa canción y, con ello, bendecir a Dios, que también ha mirado nuestra insignificancia y ha hecho cosas grandes en nosotros. En este canto, Dios echa por tierra todas nuestras reglas, enaltece en nosotros lo humillado y colma lo hambriento.